

LETRAS

Letrillas

LETRONES

DIARIO INFINITESIMAL IBARGÜENGOITIA

No fue un Álvaro Obregón oficioso ni shakespeariano el que hizo Ibargüengoitia salir a escena cuando compuso *El atentado*, sobre el asesinato del invencible soldado. *El atentado* fue su última, y se asegura, su más lograda obra de teatro. Después de ella vivió veinte años de silencio teatral, veinte años en los que alcanzó maestría de narrador y cronista con lo más decantado, característico y regocijante de su acerada producción, y el éxito y fama que, en cierto modo, le negaron las tablas.

¿Por qué razón Ibargüengoitia hizo a un lado el teatro que había practicado con pasión en calidad de crítico, maestro y autor, y se consagró a la narrativa y el ensayo?

Antes que otra cosa recordemos que la resolución fue acertada. Por ejemplo, *Los relámpagos de agosto*, novela histórica también situada en la época de Obregón, es claramente superior a *El atentado*. Y generalicemos: nadie negará que su narrativa y su ensayo son superiores al teatro ibargüengoitiano.

¿Por qué? Bueno, estimo que porque Ibargüengoitia es en su arte antes que nada una voz fascinante que nos hace adictos a su omnipotente capacidad de *scherzo*, de burla. Buscamos a la persona, queremos oírlo hablar, opinar, verlo observar indignado, y no nos can-



Jorge Ibargüengoitia en la plaza de Coyoacán.

samos de su humor, lucidez, sinceridad e infinita capacidad de sarcasmo.

Esas virtudes requieren de la primera persona, del punto de vista subjetivo, que pueden regir narrativa, crónica y ensayo, pero que juegan, por la objetividad de los diálogos, un papel muy modesto en el teatro. En el disfrute de Ibargüengoitia estamos rodeados de enigmas. Pongo un solo ejemplo que no puedo detenerme a desarrollar: ¿por qué sus trabajos sobre la época de la Independencia son inferiores en mérito a sus trabajos sobre la Revolución o la época contemporánea?

Pero no fueron este tipo de consideraciones, supongo, las que alejaron a Ibargüengoitia del teatro, sino asuntos diversos, como la falta de resonancia de sus estrenos (donde siempre dependió, él tan impaciente y crítico, de directores; ya me imagino lo que fue que le montara una obra Luis G. Basurto) o el distanciamiento de su maestro Usigli.

Aquí es preciso recordar que si hay un escritor diametralmente opuesto a Ibargüengoitia, es Usigli, de pesado espíritu de seriedad, pompa, retórica sentimental que corre en sentido contrario al genio iconoclasta, burlesco y opuesto a toda exaltación sentimental del maestro Ibargüengoitia.

Todo esto se ilustra perfectamente, creo, en la forma tan característica en que Ibargüengoitia rompió. Para exponer el lance nada mejor que dar lectura a un artículo de Ibargüengoitia publicado hace casi cincuenta años, el 17 de septiembre de 1961, que recordé por verdadero milagro y que el gran José Antonio Alcaraz halló en la biblioteca del CITRU. El artículo sumerge la retórica de Usigli, como si fuera cadáver de narco, en un tanque de ácido nítrico, a través de una eficazísima parodia precortesiana (recuérdese que Usigli acababa de escribir una pieza sobre Cuauhtémoc). —

— HUGO HIRIART

NO TE ACHICOPALES, CACAMA

Tragedia del Anáhuac en verso libre, por Jorge Ibargüengoitia

Personajes: Cacama, Xochipoxтли, Cortés, Marina, Bernal Díaz del Castillo.
(Se abre el telón, un abuehuete. El cielo es rojo sangre. Entran Cacama y Xochipoxтли.)

CACAMA

Suene el teponaxtle, el xoxtle y el poxtle,
la chirimía y el chichucaxtle;
blanda el guerrero la macana con gana,
porque yo, Cacama,
lo ordeno.

XOCHIPOXTLI

Ya en Teoloyucan, en Apan y en Actopan,
en Ixmiquilpan y Hueyopan tocan el
teponaxtle, el xoxtle y el poxtle,
la chirimía y el chichucaxtle,
como lo ordenaste.

CACAMA

Repito:
blanda el guerrero la macana con gana,
porque yo, Cacama,
lo ordeno.
(Xochipoxтли, escudriña el horizonte.)

XOCHIPOXTLI

Ya vienen los tlaxcaltecas,
los cholultecas y los huehuetocas,
los chichimecas de Chichíndaro,
famosa por sus dulces aguas,
y los de Zacatlán de las Manzanas
preñadas;
y vienen también los mecos y los
texcocanos
porque al fin y al cabo
todos son buenos mexicanos.

CACAMA

Repito:
blanda el guerrero la macana con gana,
porque yo, Cacama,
lo ordeno.
(Entran cuarenta guerreros en escena con sus
familias.)

XOCHIPOXTLI

(Levantando los ojos al cielo.)

Huitzilopochtli, en esta noche
de Tetemécoc,
danos la fuerza del huichaztle,
la rapidez del pachixtle
y el valor del huaxtle,
para vencer al capitán Malinche.
(Entran los españoles con caballería y artillería,
derrotan a los indios y hacen prisionero
a Cacama y a Xochipoxтли. Entran Cortés,
Marina y Bernal Díaz del Castillo.)

BERNAL DÍAZ

Bajo los soportales de esta plaza
ha tres siglos hubiera paseado
con la altivez bizarra de mi raza
y mis fanfarronerías de soldado.

CORTÉS

Soy Cortés pero valiente.

MARINA

(Aparte.)
En mi sexo se funden dos mundos.

CACAMA

Tu prisionero soy, Malinche,
Aztlán está a tus pies,
mátame de una vez.

CORTÉS

(A sus soldados.)
Mátenlo de una vez.
(Los soldados se disponen a obedecer. Bernal
Díaz los detiene con un ademán.)

BERNAL DÍAZ

(A Cacama.)
Joven venturoso,
no mueras rencoroso,
sino gozoso,
porque escribiré una crónica
y te mencionaré en ella
favorablemente.

CACAMA

Gracias, Tonathiú.

MARINA

(Aparte.)
Me siento embarazada,
creo que daré a luz
al México del futuro.

CORTÉS

(A sus soldados indicando a Cacama.)
Cuélguenlo.
(Los soldados obedecen.)

CACAMA

¡México, creo en ti!*
(Muere.)

XOCHIPOXTLI

Llore el ahuehuete, el huaje,
el casahuate y el zapote
de dulce fruto.
Vomiten el Popocatépetl y
el Citlaltépetl
de blanca nieve.
Todo está perdido
para Aztlán.

BERNAL DÍAZ

Les daremos una lengua sonora
para comunicarse con Guatemala
a toda hora.
Y por mi crónica,
todo el mundo sabrá quién es
don Hernando de Cortés.

(El cielo se torna violeta. Cortés se estremece,
Marina da a luz. Los indios bajo la dirección
de Xochipoxтли danzan alrededor del recién
nacido, mientras cae lento el... TELÓN.) –

* Si la pieza la montan en el Seguro Social, se puede
agregar: "Y en tus escenógrafos."



Escenas del fin del capitalismo financiero.

CARTA DE TRINITY CHURCH LA CAÍDA DEL MURO CAPITALISTA

Desde que Estados Unidos se forjó como nación independiente, la desembocadura del río Hudson en el océano Atlántico—donde hoy habita, ilumina y sueña *Miss Liberty*— fue el sitio en que se instaló el único anhelo humano de ayer, mañana y siempre: la libertad.

En ese lugar, desde 1697, la sombra afilada de Trinity Church—iglesia que es y ha sido el centro de la vida religiosa de Estados Unidos y refugio en tiempos de crisis— se proyecta sobre un oscuro callejón denominado Wall Street, la Calle del Muro, destinado a ser el corazón de la capital del mundo moderno.

Trinity Church es la representación histórica de la dignidad de un país que nació bajo la divisa de la libertad y la meritocracia, del poder absoluto de cada individuo para labrar su destino y juntos construir un nuevo imperio.

Durante los más graves desastres económicos que Estados Unidos ha padecido a lo largo de su historia—en octubre de 1907 y en octubre de 1929—, Trinity Church no sólo se ha mantenido en pie, sino que ha brindado ayuda y refugio a sus feligreses, ya sea pagando sus deudas o brindando alimento. Esto le ha permitido convertirse en emblema del espíritu de lucha y recuperación frente a la pérdida total.

Sólo el sentido del humor inherente a cada acción humana podría haber colocado en tal lugar al símbolo financiero de nuestros tiempos, pues Wall Street empieza donde el cementerio de Trinity

Church—donde yacen los restos de algunos de los Padres Fundadores— acaba.

Lamentablemente, en este 2008, con una crisis que se ha reproducido como un virus en cada rincón del planeta a una velocidad alarmante, Trinity Church no parece tener las herramientas ni el antídoto necesario para contener la caída del imperio que vio nacer.

Desde los albores del siglo pasado, Wall Street ha sido el corazón financiero de los corsarios del mercado, papel que logró conservar incluso después de la tragedia de 1929, cuando los primeros dueños de Lehman Brothers, Hypo Real Estate Holding AG y Merrill Lynch no encontraron otra salida a la Gran Depresión más que lanzarse al vacío desde las ventanas de sus oficinas.

La diferencia es que ahora los directivos de las empresas han cobrado los millonarios bonos de retiro o se han quedado tranquilamente en sus oficinas, esperando que los políticos de Washington tomen las medidas necesarias para rescatarlos.

“El mercado resolverá nuestros problemas”, esa fue la divisa que guió los destinos económicos del mundo luego de la Gran Depresión. Hoy el mundo mira atónito su propia mutación, sin tener en su corazón nada más que incertidumbre sobre el futuro cercano.

Paradójicamente, nuestro terrible siglo XX y el catastrófico inicio del siglo XXI se han caracterizado por la caída de los muros que han regido nuestro paso hacia lo que creímos que era la modernidad.

Estados vulnerables

En agosto de 2007, cuando comenzaba la peor crisis financiera global de las últimas ocho décadas, nadie podría haber imaginado que el muro más famoso del capitalismo compartiría con otro muro, el del comunismo, el mismo destino.

En Alemania el muro fue levantado como un soporte ideológico para impedir que los hijos de Marx cayeran en las tentaciones consumistas y fueran consumidos en el infierno capitalista. En cambio, el muro de Wall Street se levantó y consolidó para asegurar que la

libertad absoluta del *dios mercado* era la única fórmula para lograr el éxito.

El 6 de octubre de 2008—en el mismo lugar donde un día juró su cargo como primer presidente de Estados Unidos George Washington— Wall Street ofreció un nuevo momento histórico, representado esta vez por el ir y venir de los operadores del Stock Exchange, agobiados por una conmoción superior a la de las primeras horas transcurridas luego del atentado contra el World Trade Center.

Antes de aquella mañana gris, el panorama financiero se fue complicando sin que nadie se atreviera a prevenirnos sobre la catástrofe que nos veríamos obligados a enfrentar.

Como sociedades fuimos ingenuos, confiamos en lo que mandatarios como George W. Bush aseguraban (“Estamos bien”), mientras permitían acciones irresponsables, como que los ciudadanos garantizaran sus créditos hipotecando hasta tres veces su patrimonio, impidiendo que en caso de crisis pudieran cubrirse sus deudas.

Si bien con el 11-S Estados Unidos descubrió que era vulnerable, ese primer lunes de octubre fue inevitable admitir la fragilidad de una de sus armas más poderosas: su economía.

Ataviados con su característico uniforme azul, y con cigarro en mano, los empleados de la bolsa de valores permanecían atónitos, incapaces de encontrar una solución para curarnos de un mal que ellos mismos provocaron.

De nada sirvió que, frente al quiebre de los bancos de inversión, George W. Bush emulara la hazaña de John Pierpont Morgan en 1907, que convocó a sus amigos del sindicato de banqueros a construir un fondo de 40 millones de dólares como remedio al caos económico de ese año.

Esta vez, ni la aprobación del paquete de rescate de 700 mil millones de dólares ni la decisión de los mandatarios de las economías más desarrolladas de rescatar a las instituciones financieras afectadas por la crisis han sido suficientes para evitar que las cartas de la economía estadounidense barajadas en el juego llamado Wall Street pierdan la partida.

Ahora la lucha es contrarreloj. Durante muchos años las economías siguieron puntualmente la receta neoliberal de los organismos internacionales y las reglas del libre mercado, lo que nos ha sumido no sólo en esta crisis sino en una dinámica en la que la especulación es más fuerte que la misma mecánica de las economías.

La caída de los muros

Para lo único que este país no estaba preparado era para lo que ha ocurrido: el virus del fracaso económico recorre la sangre de las calles de Nueva York, y televisoras y medios han retratado en el rictus de angustia de los protagonistas la incertidumbre de propios y extraños.

El desarrollo y la hegemonía, primero militar, después industrial, luego económica y ahora tecnológica, de la Unión Americana le han hecho contravenir sus propias normas y formar parte de un mundo que ya no existe. Durante los últimos ocho años, Estados Unidos arrojó a la hoguera los principios fundamentales de los Padres Fundadores, llevando a su pueblo a guerras que no sabe cómo ganar y a la incertidumbre como eje de vida.

La agitación se debe también a que nadie parece entender nada; desconocemos las causas profundas—además de las económicas—que llevaron al mundo a este punto de quiebre, en el que el imperio occidental es obligado a reconocer su fragilidad no sólo en materia de seguridad sino económica.

Estados Unidos es víctima de un sistema que concibió y consolidó a una sociedad que vivía por encima de sus capacidades económicas, luego de que el *New Deal* reactivara la economía devastada por el *crack* de 1929 a través del consumo, la inversión pública, la emisión de papel moneda y el abandono del patrón oro para favorecer la exportación.

Entre las diez de la mañana y la una de la tarde del 6 de octubre, los casi cien periodistas reunidos en Wall Street pudimos testimoniar lo innegable: esta vez la inyección de dólares era incapaz de sacar al mercado de su inminente estado de coma.

La rutina de este *lunes negro* dio paso a hechos inimaginables: en medio de la tragedia del Stock Exchange, aparecieron dos mujeres en bikini que, sin conmoverse ante la crisis, bailaron sobre las cenizas de lo que fue el operador bursátil más importante del mundo.

No pude evitar recordar enero de 1990, cuando visité la puerta de Brandeburgo en Alemania, contigua a una de las pocas partes del muro que permanecían intactas. Desde la plataforma donde durante casi tres decenios el ejército norteamericano observó el otro lado del infierno, fui testigo de un hecho igual de estremecedor: dos mujeres se despojaban de sus abrigos de piel para subir al muro ataviadas en bikini, listas para anunciar—sobre las cenizas del fracaso comunista—la brutal llegada del capitalismo mediante la promoción de una marca de vodka.

En 1989 se cayó el muro del comunismo. En 2008 se resquebrajó, tal vez para siempre, el muro del capitalismo. La lección más importante es reconocer que un ciclo terminó y que a toda apoteosis la sustituye una nueva esperanza.

El nuevo sistema económico surgirá de las cenizas de los muros caídos. A partir de ahora ya no son posibles las recetas mágicas del neoliberalismo ni la economía planificada que marcaron el siglo XX. Los Estados deberán establecer programas económicos basados en sus necesidades y capacidades locales y su realidad global.

Trinity Church nuevamente ha sido testigo de una crisis de octubre, y desde el cementerio de esa iglesia Alexander Hamilton, el primer secretario del Tesoro de Estados Unidos y uno de los forjadores de la independencia de ese país, ha podido ver cómo muere la bolsa de valores y cae en picada Wall Street.

Este 6 de octubre el mundo entendió algo fundamental: no importa lo que pase, Estados Unidos perdió la capacidad de controlar su pulso financiero. El crimen gestado en la soberbia termina como la parábola de Narciso: el imperio ha quedado solo frente al espejo, con su desconcierto y su crisis envolviéndonos a todos. —

— ANTONIO NAVALÓN

LITERATURA

LA VOZ CANTANTE

Hay quienes instintivamente caminan hacia adelante. Guillermo Cabrera Infante (1929-2005) perteneció a esa raza. Sus adversidades, que mucho lo acompañaron (la pobreza que estuvo en sus orígenes, la persecución política, las censuras de izquierdas y derechas unidas), no lograron aminorar ni su nervio ni su entusiasmo. Hasta podría argumentarse que esa hostilidad continuada lo alentó, lo vigorizó y lo regeneró. Más: él se propuso, desde muy temprano, derrotar las inclemencias a fuerza de trabajo, disciplina, inteligencia. La parte del trayecto vital e intelectual que se describe a lo largo de *La Habana para un infante difunto* (1979), centrada como está en los años mozos de una educación sentimental, es, en este sentido, elocuente. De ahí que sus libros—todos sus libros, desde los ensayos literarios y políticos hasta las críticas de cine y las “novelas”: hermosos arbitrios poéticos unos y otros—permitan reconstruir la manifestación y la expansión de un carácter decidido a dejar la marca de su persona y de su figura, a acuñar su sello, su rasgo y su rango; a hundir su hierro tanto en una experiencia de vida como en la experiencia de una actividad. Lúcido como era, y militante activo de sí mismo, acaso sabía que es parte esencial de toda gran obra triunfar en la derrota.

Cabrera Infante deseó, en efecto, para decirlo con una expresión que le sería simpática, llevar la voz cantante. Deseó ser la voz que verdaderamente canta en sus libros: al aspirar, como buen escritor, a convertir la escritura en la condición de la música, al echar a andar un tema que gobierna y sus multiplicadas variaciones, al ahondar en el arte de la fuga que huye hacia adelante y se torna hacia atrás y cumple así reiteradas espirales, creó una armonía polifónica puesta bajo la autoridad de un tono dominante y principal. Incluso el guión cinematográfico de *Vanishing Point* (1971) participa de esta modalidad: es una carrera contra el destino en la que

percute (y repercute) una obsesiva voz solitaria y continuada. Cabrera Infante mimó a la vez a la voz que canta y a la voz que en-canta. Provocador, insinuante, socarrón, sensual, aliado constante del fetichismo de las palabras que en sus manos se hace materialidad sonora y reverberación instrumental, tocaba su flauta mágica y nos inducía a nosotros, sus lectores ávidos, a una excitación de connotaciones eróticas y a un divertimento gozoso. Nos inducía a ejercer de miméticos *voyeurs*. Algo cercano a lo que los franceses llaman, gráficamente, *titillations*.

Tres tristes tigres (1968) nos regala, en este contexto, un bullanguero coro de voces al que las calles habaneras sirven de cámaras sonoras que amplifican y difunden una intrincada composición serial hecha de temas secundarios que se pierden y se encuentran y se vuelven a encontrar en un tema dominante. Allí, en consecuencia, los monólogos protagónicos de Cué, Eribó, Silvestre y Códac son intervenciones solistas que concurren a crear, desde puntos de vista distintos y desde diversas intensidades dramáticas, un ámbito de resonancia solidario: “una galería de voces” que se interpenetran y entre sí se comentan. Por eso mismo, *Tres tristes tigres* no expone una verdad coherente y central sino una verdad angulosa y astillada: una estructura que se compone y se recompone de acuerdo con sus propias leyes interiores y con el principio libérrimo que rige a las variaciones musicales.

Proyecciones, duplicaciones, simulacros, sospechas, atracciones y repulsiones acaban por fecundar un casi infinito sistema de liquidaciones y regeneraciones en el universo de Cabrera Infante. Se trata de los expedientes que construyen aquella “casa de las transformaciones” —metáfora del trabajo literario— a que aludió en cierta ocasión. Es que él deseó también llevar la voz cantante en el desarrollo de la literatura hispanoamericana. Puesto en otros términos: irrumpió de entre las letras (y con sus letras) con la determinación de ocupar una posición tutelar. Es verdad, por supuesto, que, en la secuencia que comienza con el moder-

nismo rubendariano y se afirma con las vanguardias primero de los veinte y luego de los cuarenta del siglo XX, la literatura hispanoamericana se había adentrado en un periodo de discusión y replanteo de sus herencias que la conducirían, en los sesenta, a uno de sus momentos más fértiles y fundadores. Pero no es menos verdad que la voluntad de inaugurar una categoría propia, inclasificable, sería en Cabrera Infante un imán poderosísimo. En tal ambición, son centrales la destrucción de la “literatura” entendida como solemnidad y belleza huecas, el desenmascaramiento de la autoindulgencia literaria y el abajamiento de una actividad literaria altanera. El humor y la chacota, la literatura vuelta diversión, la comunión y la contigüidad de lo bastardo y lo sofisticado, la revelación de lo popular como casta autónoma, la violencia que se ejerce contra unos géneros a los que se quiere descoyuntar, son los recursos que se emplean en la dinamitación que se lleva a cabo.

Hay dos procedimientos expresivos que coronan este programa. En efecto, la parodia y la traducción, ironía mediante, asumirán allí tareas dislocadoras y desmitificadoras. Parodia: entiéndase el lugar donde la conmoción que se experimentó ante una obra se resuelve en subversiva crítica reconciliadora. Traducción: entiéndase ese desplazamiento donde la obra original que subyugó como modelo se trasmuta y se trasvasa y se torna escrutinio transformador. Cabrera Infante se sitúa, en estos trámites, como un escritor que excava en su memoria (en su tradición) y reconstruye a partir de esa excavación. Recordemos que *Tres tristes tigres* urde una porción de su trama con parodias de escritores del canon cubano (José Martí, José Lezama Lima, Virgilio Piñera, Lydia Cabrera, Lino Novás, Nicolás Guillén, Alejo Carpentier) que cuentan “la muerte de Trotski” tal como ellos lo harían según su propia retórica. Por su parte, *Un oficio del siglo XX* (1963) y *Exorcismos de esti(l)lo* (1976) retuercen la crítica cinematográfica y el ensayo variopinto al aventar la “objetividad” cejijunta y proclamar una autoría sin-



Guillermo Cabrera Infante.

gularísima. Recordemos también que las traducciones de algunos títulos de Cabrera Infante se preocupan por sumar beneficios y añadir valor a los originales. Y recordemos que los comentarios del propio autor a sus libros, y los análisis que ellos alentaron entre algunos especialistas prestigiosos, forman parte orgánica de una *continuum* crítico.

Una observación final. Cabrera Infante dio a la voz cantante una vuelta de tuerca más: la volvió la voz que canta “las cuarenta”: las verdades verdaderas, las verdades incómodas y que nadie quiere escuchar. *Mea Cuba* (1992) es, al respecto, ejemplar —en el doble sentido de modelo ilustrativo y de categoría moral. Crónica y testimonio de una pasión cubana que el exilio agudizaría y llevaría a la agonía, el libro es el mapa puntual que registra la cartografía del Mal: las dictaduras totalitarias que incluyen —totalitarismo tropical trepidante— a la dictadura castrista. Con incurable desolación furiosa leo en la página 369 de la edición de *Mea Cuba* hecha por Plaza & Janés la advertencia en forma de admonición y de visión anticipadora que el viejo Nicolás Guillén le hace una tarde habanera al joven Guillermo Cabrera Infante: “¿Sabes una cosa? Un día [Fidel Castro] te va a enviar esa turba a tu casa y te van a linchar porque eres más joven que yo. ¿Quieres que te diga otra cosa? Es peor que Stalin, te lo digo yo. Porque Stalin se murió hace años pero este gángster nos va a sobrevivir. A ti y a mí.” —

— DANUBIO TORRES FIERRO

LITERATURA

CINCUENTA AÑOS DE EL LIBRO VACÍO

En la década de 1950 Josefina Vicens, para mantenerse, diseminaba en la prensa de la capital crónicas taurinas y artículos de análisis político. Sus lectores ignoraban que el cronista taurino Pepe Faroles y el analista político Diógenes García eran los seudónimos de Vicens, nacida en San Juan Bautista, Tabasco, en 1911.

La autora publicó su primera novela en 1958: el soliloquio de un personaje gris que, provisto de dos libretas, apunta en una de ellas recuerdos y opiniones diversos. La esperanza del personaje es que, al pasar sus apuntes en limpio a la otra libreta, completará una obra importante. Colma el primer cuaderno con anotaciones pero nada consigue trasladar al segundo. Por ello el resultado del empeño recibe el título de *El libro vacío*. En apariencia, el secreto plan literario de José García, protagonista de la historia, conduce a un círculo vicioso. El texto comienza informando que el autor ha comprado sus dos instrumentos y concluye con el obstinado intento de este de hallar una primera frase para comenzar la obra.

García relata con aparente desorden su vida de mediocre contador: una esposa a la que es infiel, un hijo adolescente que está por ingresar al escándalo del mundo (vía el enamoramiento), otro hijo enfermizo e imaginativo, una amante voraz y desvaídos compañeros de oficina. Los conflictos y problemas del narrador son los de la clase media venida a menos: estrechez económica, desintegración familiar evidente pero siempre disimulada, sentimientos de culpa insuperables, ilusiones perdidas. Un recuento de penurias pequeño-burguesas que en otras manos hubiera conducido al melodrama y aun a la comicidad involuntaria. Vicens eligió con perspicacia al empleadillo carente de



Josefina Vicens.

casi todo—excepto de ambiciones literarias— para desarrollar la primera meta-ficción importante en la novela mexicana. Lo significativo en la aventura secreta de García no es que sufra como cualquier habitante de la ciudad, sino que pretende elaborar un registro textual a la altura de esos padecimientos y que descubre en el proceso la condena a la indeterminación que es todo proyecto artístico.

Para exponer sus propias reflexiones y experiencias acerca de la creación, Vicens escogió con acierto al personaje: un sujeto carente de malicia literaria y aun de integridad vital, temeroso de ser sorprendido en adulterio o en un desfalco de poca monta. García encarna al escritor como paria: en el día y ante su familia simula ser “productivo”, para enfrascarse en la grafomanía y el vicio mnemónico de noche. Igual de acertada resulta la elección de la forma narrativa—integrada por veintinueve fragmentos discontinuos—, cuya estructura elude convenciones. La forma discontinua funciona también porque aprovecha los silencios para reforzar la cohesión del discurso, pues no hay que olvidar la vocación oratoria—en más de un sentido, forense— del soliloquio que José García compone: él mismo es juez y testigo de cargo para su propia condena.

La forma del relato no aparenta intención revolucionaria; sin embargo, se vincula con la modalidad altamente subversiva que Rulfo hizo estallar en *Pedro Páramo*: su rebeldía no es de forma sino de fondo. Eso permite que el lector pueda discurrir por el ámbito de *El libro vacío* como por un sitio familiar, para dirigirse en realidad a un ámbito poco frecuentado; ante él se despliega un procedimiento que lo obliga a la deconstrucción de toda certidumbre. La novela de Vicens no es nada más la historia de un hombre que rememora su mediocre existencia ni la sola formulación de un artefacto escritural que sirve para que un texto medite sobre sí

mismo; como organismo, integra esas y otras variadas posibilidades lingüísticas. Como invención literaria, demuestra que la novela puede ser una prolongación del cuerpo—y del ser— que la escribe.

Josefina Vicens llevó una existencia sin mayores sobresaltos. Recibió el premio Villaurrutia un año después de publicar *El libro vacío*, que imprimió en francés la editorial Julliard en 1964. La escritora no demostró urgencia por aprovecharse de estos honores; esperó hasta 1982 para dar a conocer su segunda novela, *Los años falsos*, y no mucho después, en 1988, falleció sin llamar la atención más que de sus amigos y de algunos discontinuados cineastas, para quienes elaboró personajes como aquellas inverosímiles Señoritas Vivanco que fijaron la fama de Sara García y Prudencia Grifell. —

—JORGE PECH CASANOVA

POLÍTICA

ECUADOR, POR LA VÍA RÁPIDA AL AUTORITARISMO

En el referendo celebrado el pasado 28 de septiembre, los ecuatorianos aprobaron con abrumadora mayoría (64%) la Constitución impulsada por el presidente Rafael Correa. Existen dos razones principales que explican este nuevo éxito electoral del mandatario. La primera, el hábil manejo discursivo y de comunicación gubernamental dirigido a asociar el proyecto constitucional con ese mágico concepto, el *cambio*. En este sentido, se presentó a la nueva Constitución como el pasaporte para abandonar el pasado, desterrar la “partidocracia”, la corrupción, la desigualdad; un boleto a la felicidad o, como dice el propio texto, al “buen vivir”. Más aún, la aprobación de la nueva Carta Magna sería un golpe certero a los odiados “pelucones” (término despectivo que Correa popularizó para referirse a la oligarquía), que tanto habían explotado al pueblo. Los alarmantes niveles de pobreza e inequidad que la mayoría de los ecuatorianos ha

soportado históricamente en medio de una abundante riqueza natural, explican la masiva aceptación popular a una propuesta de cambio profundo.

La segunda razón es la multimillonaria campaña oficialista –descaradamente financiada con recursos públicos– que bombardeó al país y dejó prácticamente en la indefensión al bando contrario. La austera campaña por el no fue alentada por una desarticulada y desprestigiada oposición, así como por un sector empresarial en su mayoría renuente a financiarla ante los efectivos métodos de intimidación del gobierno o en respuesta a una visión esperanzadora –acaso ingenua– de que en Ecuador “no ocurrirá lo mismo que en Venezuela”. Frente a semejante desigualdad de condiciones en la competencia, era difícil prever un resultado electoral distinto al ocurrido.

Lo cierto es que con la nueva Constitución se incrementan significativamente los poderes del presidente (quien podrá reelegirse de manera inmediata y disolver la Asamblea Legislativa cuando a su solo juicio esta “obstaculice de manera reiterada la aplicación del Plan de Desarrollo”, entre otras omnímodas facultades), se multiplica el nivel de intervencionismo estatal en la economía (con amplios márgenes de discrecionalidad para la expropiación de bienes, y dominio del Estado sobre numerosos “sectores estratégicos”) y se establecen rígidos controles sobre la operación y el contenido informativo de los medios de comunicación (cuyas frecuencias radioeléctricas son ahora consideradas “recursos naturales no renovables del Estado” y por lo tanto este deberá recibir por lo menos la mitad de las utilidades que su explotación genere).

Para quienes la comparación del proceso ecuatoriano con el seguido por el régimen chavista no pasaba de ser un simple pronóstico apocalíptico, resultará preocupante saber que la Constitución aprobada tiene varias similitudes con la Bolivariana de Venezuela, empezando por el hiperpresidencialismo que las caracteriza. El nivel y los mecanismos

de intervención estatal en la economía en ambas son muy parecidos, mientras que las causales para la expropiación de bienes son idénticas –con la respectiva amplitud que conceden al Estado para su aplicación y que ha sido tan aprovechada por Chávez. Si bien la Constitución venezolana no incluye disposiciones relativas al control estatal de los medios de comunicación, aquello fue meticulosamente desarrollado a través de leyes, bajo criterios similares a los que ahora en Ecuador se consagran constitucionalmente. De hecho, bien puede decirse que la Constitución venezolana, redactada en 1999 cuando Chávez apenas iniciaba su camino al socialismo, es mucho más moderada que la correísta.

El rápido tránsito del Ecuador hacia un régimen socialista y concentrador del poder demuestra que su presidente está aplicando de manera eficiente el modelo trazado por Chávez. Mientras preparaba su ansiado proyecto constitucional, Correa se dio formas para, en apenas veintiún meses de mandato, disolver el Congreso (con mayoría en contra), dominar los órganos electorales y de control del Estado, incautar medios de comunicación, intimidar al sector privado, pulverizar a la oposición, así como llevar a cabo programas sociales de corte clientelar financiados con petrodólares, mismos que han servido como fuente de popularidad. En este entorno, parecería que la nueva Constitución configura el marco para acelerar aún más la ruta hacia el autoritarismo. Queda por ver qué tanto afectará la crisis internacional y la consecuente caída en el precio del petróleo –del que tanto depende la economía ecuatoriana– en la capacidad de Correa para mantener el oneroso esquema de programas populistas que brinda oxígeno al modelo compartido con su colega venezolano. El incumplimiento de las múltiples expectativas generadas podría provocar su desgaste y el rechazo de un pueblo que en los últimos años ha demostrado poca paciencia con los presidentes que le han fallado. –

– MAURICIO RODAS ESPINEL

APOTEGMAS

PLIEGOS DEL AUTÓCRATA

Un autócrata previsor: sabe que su longevidad depende de repetidos baños en las aguas del referendo y el plebiscito. Sabe que de todos modos ganará; lo reanima la idea de que podría perder. El referendo le funciona como un anticuerpo que lo fortalece.

■ El mundo se parece demasiado a sí mismo. La democracia, al parecer, funciona como esas encuestas robotizadas de los aviones donde se le pide al pasajero que evalúe la calidad del servicio. Es obvio que, en el mejor de los casos, tus sugerencias serán atendidas en un futuro remoto.

■ A los accionistas de los grandes corporativos la democracia les puede parecer algo riesgoso pero ineludible: de ahí que necesiten que los dictadores encargados de comprarles las armas se reelijan mediante referendos impecables.

■ “Todos los aeropuertos y todos los aviones tienen un aire de familia pues los han diseñado los mismos fabricantes.” Todos los dictadores se parecen pues han ido al parecer al mismo gallinero y han aprendido a cantar con las mismas partituras y a veces con las mismas notas.

■ Los dictadores se suicidan todos con la misma cuerda: la ley del hielo que ellos mismos imponen les va subiendo a los pies hasta que se vuelven de piedra. Entonces, como a los árboles y las columnas, los perros los orinan y, como a los árboles yertos, se los va comiendo la misma polilla que los embalsama.

■ Aquel dictador daba golpes de Estado como quien se da golpes de pecho: así, iba probando su pureza y, como quien se mesa los cabellos, iba diezmando a sus antiguos partidarios. Se lavaba las manos con las lágrimas de las plañideras a las que pagaba por llorar su improbable proscripción.

■ Tiene el dictador amanuenses, copistas, taquígrafos, locutores, transcritores, mecanógrafos, imitadores, calígrafos, gente que pinta y cincela letra por letra sus palabras, entrevistadores,

guionistas, fotógrafos, cineastas, públicos, audiencias. La fama para él tiene tantos secretos como bambalinas.

■ De tanto estar, de tanto Estado, al Dictador se le hinchan los pies y le incomoda la espalda. Entonces, necesita levantarse para estirar las piernas, y él mismo alimenta las conspiraciones para cambiar, aunque sólo sea algo, de posición.

■ Vive rodeado de guardianes; se pregunta, para no aburrirse, quién es rehén de quién.

■ En su imperio todos están embriagados. Los de abajo beben chinguiritos; los de arriba, güisqui barato que pagan al precio de un whisky adulterado. El agua escasea; se la reparten en secreto algunos comandantes.

■ Los capos no hablan: sólo saben comunicarse mediante muertes y ejecuciones.

■ En aquella República simulada, la abstención se pagaba con la muerte; la oposición con la cadena perpetua; el voto a favor con la parálisis o el entumecimiento de los sentidos.

■ Como el ave de presa, el Dictador tiene mal aliento, pero él mismo no lo nota aunque desde lejos apesten sus palabras.

■ Antes se pensaba que el lujo consistía en viajar y que sólo los miserables estaban condenados a ser sedentarios; ahora, el lujo consiste en tener el suficiente poder para no salir de casa: cada salida pasa a ser una muestra de debilidad.

■ Ciertos gobiernos dictatoriales se apoyan en los más débiles: los muy pobres, los muy viejos, los muy jóvenes, a veces los enfermos y aun los muertos. Sólo quedan excluidos los hombres cabales en sus cinco sentidos que saben decir y hacer: *No*. Ellos, los que no están dispuestos a *tomar dictado*, son por definición el enemigo.

■ Son en apariencia muchos a quienes atrae el poder. El poder frío y seco, eficiente y desinteresado, cruel, atrae en realidad a muy pocos. Son, en cambio, multitud a quienes seduce *el mundo del mando*, y florecen en los alrededores palaciegos golosos de las apariencias y la cantidad del poder, ávidos de su representación y de su imaginación de la cual son pasto.

■ El mundo siempre es, en alguna medida, índice o síntoma del mando. Pero mien-

tras que el mando lleva en sus entrañas la algarabía, el poder es más bien silencioso y de él sólo se advierte, cuando más, el zumbido sigiloso de la cuerda, la hoja de la espada, el filo de la guillotina, el piquete letal pero tácito de la aguja.

■ Al pie de la letra, ya no es posible esconderse en ningún sitio gracias a los sistemas de radiolocalización llamados GPS. No sólo eso: el sentido de la orientación deja de ser necesario: “nortearse”, es decir perderse, sólo podrá ser dicho por aquellos que carecen de sistema, orientarse será el patrimonio de los que tienen.

■ El mundo se hace más pequeño y pierde su encanto, su magia, aunque todavía sea posible, por ejemplo para los guerrilleros, perderse en la espesura de la selva que todavía no ha sido “no hay que tenerle miedo al neologismo” –pensada–. Sólo se salva uno en el interior, en los territorios de la selva íntima. –

– ADOLFO CASTAÑÓN

ELOGIO DE LA APATÍA LA INTERNACIONAL BOSTEZANTE

No hace mucho tiempo, con un grupo de amigos, fundamos la Internacional Bostezante. El proyecto por supuesto fracasó. Hundido bajo el peso de nuestros propios bostezos, el movimiento, que no se caracterizaba precisamente por su dinamismo, preveía desde el principio su propia destrucción. Aunque más bien habría que decir que duró muy poco, que estaba condenado a ser un movimiento efímero y sin futuro, que más temprano que tarde se disiparía a consecuencia de su misma intención contestataria y desestabilizadora. No hubo ceremonia de iniciación. Estábamos reunidos despoticando sobre la falta de disidencia que se respira en el ambiente, sobre la apatía y resignación que produce escuchar una y otra vez, con ese retintín que tanto recuerda a Goebbels, la tesis de que ya no hay salida, la cantilena de la desaparición del sentido, y entonces, mientras discurríamos con inocultable desgana sobre cómo podría vencerse hoy

la carga de descreimiento y amargura que pesa sobre nuestros hombros, mientras nos lamentábamos de que aun la rebelión más salvaje ha sido neutralizada por el clima de desengaño y fin de los tiempos, por una herencia de claudicaciones y traiciones, alguien manifestó su hastío con la insolencia de un bostezo, ese bostezo llevó a otro y luego a otro, y así, de golpe, un grupo de amigos habíamos fundado la Internacional Bostezante.

Como era de esperarse, el nuevo movimiento no resistió los embates que él mismo, fiel a los principios de sabotaje y mala leche por los que se regía, dirigió contra su propio despliegue de entusiasmo. Al igual que muchos proyectos delirantes de este tipo, la Internacional Bostezante se autoaniquiló en su radicalismo, se colapsó a causa de su celo y exquisita coherencia. La idea central era sin embargo perfecta: estropear todo momento, cualquier ocasión de regocijo y esperanza, de felicidad y aun de tristeza, con la dinamita temible del bostezo. Oponerse a la complacencia y la sonrisa, al embotamiento y la banalidad que han terminado por cercarnos, con la floración desdeñosa del tedio. Volverse odioso a fuerza de abrir constantemente la boca y comportarse como un pez. Al cabo de pocas horas –quizá de días–, todos alrededor acabarían contagiados. Bastaba encender la mecha.

Este era, sin mayores contemplaciones, el programa de nuestro clan boqueante: Si te cruzas en la calle con un conocido, salúdalo con un bostezo irrepresible. Si alguien te declara su amor, ponlo a prueba con un bostezo desafiante. En el teatro, en el circo, en la presentación de un libro, haz de tu asiento el trono inamovible del bostezo. Si aquel te regala una sonrisa, bájalo de la tibieza de su conformismo y hazle rendir cuentas en el tribunal helado del bostezo. Toma fotografías de momentos insuperables de hartazgo, de rostros descompuestos por la violencia erosiva del tedio, y envíalos, con toda tu falta de interés, en tarjetas postales y en *spam*. Decididamente se trataba de un programa de ascendencia punk.

La furia contenida del aburrimiento debía dibujarse en los labios con toda la intensidad irritante y desorientadora

de los bostezos más gloriosos. Sin que al parecer nada específico lo invocara, sino más bien como efecto tardío pero nunca gratuito y todavía punzante de la inercia general, el bostezo debía irrumpir en medio del consabido fastidio de lo cotidiano con arrogancia, como una arcada hiperbólica, para que quienes lo presenciaban se quedaran pensando en que quizás la comodidad que tanto procuran no es más que la vieja rutina acojinada, sintiendo esa comezón indefinible del alma de que quizás haya otra forma de vida al margen de la inminencia siempre pospuesta de la felicidad.

El principal enemigo de la Internacional Bostezante era el entusiasmo, la sospechosa facilidad con que toda protesta, toda alternativa de cambio es reabsorbida por la aplanadora de la realidad. (En ese entonces definíamos el entusiasmo como “el estúpido conformismo de seguir concediendo más importancia a lo que no es que a lo que es”.) La consigna era señalarlo, contrarrestarlo, desarmarlo; había que declarar la guerra al entusiasmo con la fuerza explosiva de ese gesto ordinario de fastidio—y humillarlo. De pronto uno de nosotros dijo que el enemigo no podía ser el entusiasmo, sino el *exceso* de entusiasmo, pues corríamos el riesgo de desarmar nuestro propio movimiento por contradictorio, ya que aun en la rabia hay un componente entusiasta, y no podía dejar de percibir en los cimientos de la Internacional Bostezante la semilla del propio mal que combatíamos, incluso una alarmante dosis de arrojo. (Y hay que decir que, en efecto, mientras el camarada bostezante argumentaba de este modo soporífero, los demás miembros nos entregábamos con ahínco al contagioso vicio del bostezo, que ya para entonces se parecía a un suspiro del que se ha extirpado toda esperanza.) Cuando nos hizo notar, restregándolo en nuestras narices, el empeño, la entrega casi cercana al fanatismo con que abríamos la boca para materializar nuestro hastío, quedó claro que la Internacional Bostezante llegaba en ese instante a su fin. Nos dimos cuenta de que nos estábamos convirtiendo en el enemigo, de que no había una forma clara e incontestable de juzgar en

qué momento el entusiasmo comienza a ser excesivo, es decir, sospechoso, así que la incipiente pero ya muy descorazonada sociedad de la Internacional Bostezante se desintegró cuando nos topamos de frente, un tanto desprevenidos y boquiabiertos, con la imponente verdad de que todo entusiasmo es ya demasiado.

Pero antes de que la Internacional Bostezante se desinflara, pinchada por el aguijón aguafiestas de su contradictorio impulso, y antes de que todos sus miembros se dispersaran cabizbajos,

como quienes arrastran su desasimiento hacia la vieja cueva del bostezo íntimo, conseguimos lo que ni siquiera habíamos imaginado: redactar en una espontánea sesión exasperante, tan lenta que casi parecía paralítica, el único manifiesto de nuestro estático movimiento, un breve decálogo cuyos incisivos, extrañamente no aletargados ni geriátricos, debían ser, como todo bostezo, al mismo tiempo intempestivos y desencantados, y por si fuera poco debían pronunciarse en una sola bocanada de corrosión bostezante:

Manifiesto único de la Internacional Bostezante

1. Un bostezo genuino, en el momento oportuno, no deja de tener su dinamita.
2. La pasmosa inventiva que ha desplegado el hombre para matar a su prójimo apenas puede equipararse con su maestría para matar de aburrimiento.
3. Declara el don Juan de Lord Byron: “No nos queda más que aburrirnos o aburrir.” Nosotros —amantes torpes y poco imaginativos— añadimos: o ambos.
4. Toda la desgracia de la humanidad viene de una sola cosa: no saber entregarse a la extroversión dulcemente ofensiva del bostezo.
5. No te quedes callado: abre la boca y bosteza interminablemente.
6. A la larga el bostezo resulta mucho más verosímil —por implacable y lúcido— que la alharaca de satisfacción o el gemido del inconforme.
7. *Lema:* Estridencia muda. *Táctica:* Desafinar, en el concierto de frenesí de los tiempos, con un coro insufrible de bostezos, como preparación del Día del Gran Rechazo.
8. Quien todavía, en señal de buena educación, se tapa la boca para ocultar un bostezo, ha de reconocer que en el centro de su rostro resplandece, sin que nada pueda contenerla, una imponente proclama nihilista.
9. Tanto como nuestras mandíbulas procaces lo permitan, resistamos la sutil sujeción del aburrimiento, el opio adormecedor de creer en la imposibilidad de la rebeldía.
10. Desde luego, la meta última e irrenunciable es hermanar a la humanidad, por la fuerza contagiosa del bostezo, en una monstruosa exhalación de fastidio, que sea capaz de sacar de quicio al mundo y obligarlo a que gire en una nueva órbita, de preferencia aberrante. —

—LUIGI AMARA